



# REVISTA DE ARAGON

CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, calle de Torressecas, núm. 5, principal; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menendez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.—TERUEL: Administracion de *La Provincia*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.—BARCELONA: Señores Teixidó y Parera, Pino, 6.—ATECA: D. Demetrio Ortega.—CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, ayisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.—Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá *expresamente* al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Torressecas, 5, principal, Zaragoza.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Números sueltos, cincuenta céntimos de peseta.

### PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta . . . . .	60	Cuarto de página . . . . . 16
Media página . . . . .	30	Octavo de id. . . . . 8
		Dieciseisavo de id. . . . . 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de *quince por ciento*; si de seis á ocho veces, una de *veinticinco por ciento*, y de nueve en adelante, una de *cuarenta por ciento*. Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del *diez por ciento*.

## CRÓNICA ARAGONESA.

¡Triste influencia de un siglo de discusion y análisis! De todo se duda y todo se pone en tela de juicio, ¡hasta la ortodoxia de nuestra REVISTA!

*El Faro Católico Aragonés*, estimado colega local, dedica un artículo á nuestra última crónica para encontrar en ella *algo de censurable*, porque trata de cosas santas «de un modo poco conveniente al respeto que se merecen» y por consignar á propósito de las misiones del Seminario sacerdotal «*lo que no debe decirse*,» segun la frase de cierto pecaminoso autor dramático, ó lo que «no hubiéramos debido decir,» segun nuestro afable aunque algun tanto receloso colega.

¿Cómo éste puede exigir á una frívola é inocente crónica, juguete de la fantasía, cuyo único objeto es fijar las fugaces impresiones que los acontecimientos dejan en nuestro ánimo, el riguroso encadenamiento, la austeridad y grave estilo que sólo á los artículos doctrinales y obras de más alcance están reservados?

Unos cuantos sencillos equívocos que no tienen más malicia que la que el lector quiera darles, no son á juicio del mismo *Faro* (que habrá recordado los nombres del P. Isla y del inimitable Iglesias, ambos católicos y eclesiásticos á mayor abundamiento), dignos de grave censura: dámosle las gracias por su indulgencia. ¿Por qué no hacerla extensiva á los festivos é inofensivos conceptos que el santo tiempo de cuaresma nos ha inspirado?

Si esto constituye una falta de respeto en una ligera é insustancial crónica, ¿cómo calificará el colega los desahogos de varios escritores místicos de los siglos XVII y XVIII? ¿Ha leído los sermonarios de aquellas calendas? En ellos encontrará pasajes tan *originales*

como los siguientes, citados en varios estudios crítico-literarios: «La Puebla de los ángeles (*el cielo*), poco despues de fundada, padeció un terremoto.» «Cristo es pez soberano porque en sus tormentos tuvo espinas.» «Jesucristo es el dios penate.» «Dios es achacoso de mal de corazon.» «San Bernardino de Sena habla echando bernardinias,» etc., etc.—Item más, nuestro galante colega encontraria sermones con títulos tan extravagantes como estos: «Las mejores perlas de la Aurora de la Gracia,» «La armonía de la naturaleza enmendada en el misterio de la Eucarnacion,» «La diosa Marica,» «Pasquinada contra el Cristo de los cartagineses.» «El escondido y la tapada,» (dedicado al Santísimo Sacramento,) etc., etc.

Si tales *rarezas* son disculpables en escritores místicos que tenían más obligacion que nadie de no profanar con irreverentes alusiones los más sublimes dogmas y misterios de nuestra santa Religion, ¿por qué ha de sonar á falta de respeto nuestra malhadada ocurrencia de que la bula sirve á la cuaresma de cédula de vecindad? ¿No es este documento de imprescindible adquisicion, en este tiempo, á los que de buenos católicos nos preciamos?

Aquí del cuento del sastre:

—O se tira la cuerda para todos ó para ninguno.



En cuanto á la anécdota que tan mal efecto ha hecho á nuestro compañero en la prensa, no tenía por objeto,—y se lo aseguramos formalmente,—desdorar en lo más mínimo el celo religioso de nuestros dignísimos clero y Prelados: no pretendía censurar, ni poner en ridículo actos y decisiones que están fuera de nuestra competencia y que respetamos por emanar de autoridades competentísimas; nuestro objeto era tan sólo hacernos eco de la *extrañeza* que á no pocos ha



causado la organizacion, hasta hoy poco puesta en uso, de misiones para señoras.

\* \* \*

Por lo demás, agradecemos á nuestro estimado colega las corteses frases con que nos hace las anteriores advertencias, y el buen concepto que de la REVISTA ha formado: no ménos ventajoso nos lo merece un periódico que publica estudios de tanta valía histórica y literaria y de tanto alcance filosófico como el «Juicio sobre el reinado de doña Isabel I.» «La mujer y las carreras profesionales,» y la biografía del antiguo poeta zaragozano «Aurelio Prudencio.»

\* \* \*

Ahora hablemos un poco de cosas profanas.

La compañía de zarzuela que en esta ciudad actúa se subió á mayores, y el público vió un día, con gran estupefaccion, anunciada en el cartel *La Sonámbula*, cuya ejecucion proporcionó un merecido triunfo á la beneficiada, Sra. Ferrer, y un inesperado mentís á la lógica y á los siniestros augurios de los que murmuraban al entrar en el clásico coliseo: «¡Aquí vá á pasar algo!»

En honor de la verdad pasó... un excelente rato el auditorio.

\* \* \*

Olvidando despues el famoso proverbio latino «*non bis in idem*» y el «nunca segundas partes fueron buenas,» de nuestro Cervantes, acometieron los artistas del Principal la empresa de darnos á conocer la *Marta* de Flotow. Un abonado que parodia al improvisador de aleluyas de cierta zarzuela bufa, dijo en los pasillos:

Aburrída deja y harta  
á la concurrencia, *Marta*,

y esta frase mereció la sancion general del paciente público.

\* \* \*

Dejo, muy á pesar mio, de reseñar el beneficio del simpático tenor zaragozano Sr. Berges, que al cantar el ária de *Il Trovatore* dió un *do de pecho* digno de Tamberlick en sus mejores tiempos, para dedicar algunas frases al acontecimiento de la quincena.

Aludo á la constitucion de un *Ateneo científico, literario, artístico* en esta capital (conste que lo de las comas y guiones no es de mi cosecha, sino de la convocatoria impresa, que se repartió con profusion). Hubo sesiones previas, discusion de un reglamento de unos veinte artículos (que son bastantes si consideramos que los de la fé no pasan de catorce), discursos en toda regla y votacion para constituir la *Junta directiva*.

\* \* \*

Habrán ustedes oido hablar del arquitecto que hizo el plano de la casa de Correos y se olvidó de señalar sitio para la escalera.

Exactamente lo mismo ha sucedido con el *Ateneo*, en cuya Junta directiva, compuesta de jurisconsultos, filósofos, oradores, etc., no hay ningun literato de reconocida competencia, que pueda resumir las discusio-

nes literarias previstas en el consabido de los 20 y pico.

Resulta, pues, que la naciente Asociacion deberia llamarse, para rendir culto á la propiedad del lenguaje, *Ateneo científico, anti-literario, artístico*.

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.

## IDEAL POLITICO DE LA RAZA LATINA.

(CONCLUSION).

El recurso habitual de toda persona que defiende una mala causa ó combate una gran verdad es siempre el mismo; apoderarse de un argumento de bulto, de esos que han tomado carta de naturaleza en la conciencia universal, torcerlo hasta amoldarlo á las circunstancias, ahuecar la voz y repetirlo de mil distintos modos. Eso ha pasado aquí con la campanuda invocacion de la unidad humana, y me recuerda el diálogo que sostuve no hace mucho con un amigo mio, excelente químico. Estábamos en su laboratorio y me decía: «La rapidez con que disminuye el cuadro de cuerpos simples me convence cada vez más de la unidad absoluta de la materia, y espero que los adelantos en el análisis facilitarán prodigiosos trabajos de síntesis mineralógica, suficientes á salvar del ridículo á los alquimistas de la Edad Media y proporcionar á los hombres el más positivo elemento de bienestar.» Callé ante aquel aluvion de entusiasmo y pensé: Todo sábio es optimista en su ciencia y escéptico en la agena. Al marchar me sentí deslumbrado por una luz pequeña y viva que salia del fondo de cierta especie de copa griega cuya hechura me recordó los cuadros en que pintan á Sócrates tomando la cicuta en postura de brindis: me aproximé sospechando algun ensayo curioso; pero no, lo que yo suponía incandescente estaba frío, era un grueso diamante herido por un rayo de sol. Entonces me ocurrió una pregunta:

—¿Qué composicion química tiene esta piedra?

—Carbono puro.

—¿Y este lápiz?

—Tambien carbono.

—En ese caso ¿tendria usted inconveniente en cambiar su diamante por mi lápiz?

—Diré á usted, replicó el químico sonriendo: esos cuerpos son genéricamente iguales; pero los distingue una gran diferencia específica, la cristalización. Ponga usted su lápiz al sol, para que cristalice, en los desiertos de Arabia ó del Brasil; téngalo allí por espacio de diez ó veinte mil años y transcurrido ese plazo tráigalo y cambiaremos.

Creo que esta leccion puede aplicarse al caso presente. La humanidad es una en principio, uno es su fin; pero hay en sus miembros diferencias específicas que sólo desaparecerán cuando el sol de la civilizacion haya cristalizado sus instituciones. Entonces tendrán razon los impugnadores del tema; el porvenir es suyo; pero la política no puede conformarse con elucubraciones filosóficas; quien dice política dice fusion de la necesidad histórica con el ideal filosófico. Señalad en buen hora la meta; pero dejad que nosotros tracemos el camino.

Además; señores, no se trata aquí de proponer coaliciones inoportunas que puedan alarmar á nadie. Todos vemos con impasibilidad cómo las palabras *pauperismo* y *pausalismo* dejan de ser utopias. Rusia aspira á someter bajo su despotismo á todos los pueblos de raza eslava más ó ménos bien definida; Alemania resucita el imperio y se estrecha en alianzas con Austria, de modo que esos dos grandes núcleos acabarán por anular la influencia de las naciones la-



tinias, pequeñas y aisladas, en los problemas políticos del mundo. ¿Qué mal hay en secundarles? ¿En qué se contraría la sed de paz y bienandanza con proponer la amistad y union de Francia, Italia y la Península Ibérica sin que cada nacion sacrifique un solo átomo de independencia y soberanía? Pues qué, la historia ¿no es ya maestra de la vida? Pues qué ¿no han sido siempre desastrosas para estas naciones las mútuas enemistades y provechoso siempre el mútuo apoyo? ¿Hubiera España necesitado una guerra de 781 años para recobrar el suelo perdido en pocos meses si hubiese sostenido invariablemente la política de razas? ¿Puede nadie dudar que las crudas rivalidades de los pequeños estados cristianos fueron la causa principal de tanta lentitud, mientras que las mismas divisiones y guerras intestinas de los musulimes contribuyeron poderosamente á nuestro definitivo triunfo? ¿Brillaria hoy la media luna en las cúpulas de Santa Sofía si los reinos de Europa hubiesen conocido y practicado siempre esta gran verdad? ¿No recordais aquel Federico III de Austria, ocupado exclusivamente en agrandar sus dominios particulares, mientras Mahomet II penetraba en Constantinopla y llevaba sus tropas victoriosas á Belgrado, último baluarte de la cristiandad? ¿Se ha olvidado quizás cómo Italia dividida en multitud de estadillos sintió necesidad de unirse amedrentada por el creciente poder de los turcos y en 1454 juró en Lodí concordia eterna debido exclusivamente á la sensatez de sus árbitros Francisco Sforzia, duque de Milan, Cosme de Médicis, que mereció en Florencia el sublime epíteto de Padre de la Pátria, el Magnánimo Alfonso V y los Papas Calixto III y Pio II á quienes se atribuye el deseo de que todas las mañanas sonase en la cristiandad *la campana de los turcos*? ¿Y no es deplorable á los ojos de la crítica histórica ver que esa alianza tan necesaria se desvanece como bocanada de humo cuando pasa el primer momento de estupor? La funesta invasion de Carlos VIII en Italia; la desastrosa rivalidad sostenida en aquel suelo del arte por la ambicion personal de Francisco I y Carlos V, y tantos otros acontecimientos como sería fácil mencionar aquí si no temiese ofender vuestra ilustracion ó provocar vuestro cansancio, ¿no podrian ser ventajosamente aducidos en apoyo de mi afirmacion?

Yo no quiero, señores, cometer el anacronismo de juzgar hechos antiguos con criterio moderno sin contrapesar ántes las distintas circunstancias que han podido servirles de causa eficiente; pero sí me permitireis declarar que los pueblos como los individuos tienen grandes responsabilidades que satisfacer y altas misiones que cumplir, y si bien es cierto que las nacionalidades surgen de la lucha y en ella se robustecen como los atletas, no lo es ménos que una vez encajonadas en sus propios límites deben aspirar siempre á mayores unidades, á soluciones más humanitarias, á más firmes amistades, eternamente avanzando por el camino de la civilizacion y del progreso y exclamando ¡excelsior! como ántes se gritaba ¡guerra!

Más no por esto hemos de olvidar las leyes de nuestra propia vida; no por mirar las estrellas hemos de tropezar con los guijarros del suelo; los sentimientos de romanticismo político, la espectacion mística de escuelas, cuyas teorías están mandadas recoger, sólo darian por resultado la inaccion y la muerte. Decia el filósofo Epicteto á sus discípulos: «Tomad ante todo este consejo: no intenteis nunca variar la naturaleza de las cosas.» Cumplámosle nosotros. Las nacionalidades de Europa aspiran á su complemento. ¿Quereis fijar su evolucion? Sea en buen hora; cuando el italiano no suspire al pasar junto á Trieste; cuando el francés no sienta sus fauces secas por el polvo mordido en el combate y su patria dividida por la ambicion germana; cuando España cicatrice la afrentosa herida

que lleva al pié donde amarra sus naves Inglaterra; cuando Grecia resucite al cántico de sus glorias pasadas y recobre la unidad por que clama y que merece; cuando no haya un pueblo oprimido, ni un trozo de tierra usurpado; ni el hinchado imperio ruso amenace con sus conquistas, ni el despotismo musulman continúe acampado en Europa, entónces y sólo entónces habrá cesado la conveniencia de unirse, que hoy tienen las naciones latinas, para ser sustituida por la necesidad aun más imperiosa de no separarse.

Y es tan exacto lo que digo, que hasta los asuntos interiores de cada nacion latina engranan perfectamente con esa política exterior. Fijándonos en España, especialmente, se ofrecen á nuestra consideracion los siguientes problemas, indicados con notable elocuencia por el Sr. Gutierrez Brito, si bien erróneamente, á mi juicio, en ciertas conclusiones: Devolucion de Gibraltar, union con Portugal y desarrollo de nuestra influencia comercial y política en Marruecos. Pues bien; estos tres ideales de nuestra política están combatidos con desesperante insistencia por Inglaterra y apoyados á veces; mas de ningun modo impedidos por naciones afines á la nuestra. Cuando Gibraltar distaba mucho de ser uno de los puertos más estimables para sus actuales poseedores; cuando el poder británico en la India era muy escaso y su necesidad de buscar amistades en el continente europeo era muy grande, como que se preparaba la separacion de los Estados-Unidos de América, desprendimiento el más grande que un pueblo haya sufrido en toda la Historia; cuando Lord Chathan habia pronosticado que «el día en que los Estados-Unidos tuviesen el más leve asomo de industria propia habria muerto Inglaterra,» esta nacion no vaciló siquiera un momento en negar á España la devolucion de las posesiones que le tenia arrebatadas, devolucion que le hubiese proporcionado más ventajas que su conservacion por entónces y que le hubiera evitado quizás los mayores desastres de aquella guerra. Y, ¿piensa el Sr. Gutierrez Brito que hoy, cuando la profecía de Lord Chathan se ha desmentido porque Inglaterra ha compensado crecidamente en Asia su pérdida de América; cuando la ruptura del istmo de Suez hace de Gibraltar, llave del Mediterráneo, el primero y principal punto de escala y estrategia en su paso para la India, ha de cambiar el pueblo inglés su condicion orgánica, ha de renunciar á sus más preciados intereses y á de venir á nosotros estimulado por generosidad verdaderamente quijotesca, á devolvernos ese pedazo de nuestro suelo que es el estribo principal en que apoya su poder marítimo? S. S. nos hablaba de ciertas protestas en este sentido pronunciadas recientemente por un insigne hombre público de esa nacion. Yo bien sé que hay un partido en Inglaterra en cuyo credo entra accidentalmente esa promesa y hasta he leído un artículo publicado en 1825 en la *Revista de Edimburgo* sobre este particular; mas por la clase de argumentos allí empleados, apelando al dolor de las madres que ven á sus hijos partir á poblar lejanas colonias, etc., he comprendido que no son más que armas de partido, recursos gastados, que todavía salen á lucir cuando se aproxima una eleccion. No esperemos, por tanto, la integracion de nuestro territorio por ese medio; sino por transacciones impuestas.

Mucho podria decir respecto á nuestra anhelada union con Portugal; pero no he de cansar al Ateneo demostrando la conveniencia de una cosa que es la aspiracion de todos, así como tampoco necesito probar que en nada empee, ántes al contrario confirma la política de raza. España con este ideal podrá recobrar con nuevo brio el puesto que tan justamente le corresponde en el concierto europeo, porque si «hay algun pueblo»—dice el ilustre geógrafo Reclus—«que



pueda vencer á todos en la propagacion de su raza por toda la Tierra, ese pueblo es el español. La empresa de nuestra regeneracion política, de nuestro prestigio en América, de nuestra importancia internacional, es difícil; es larga, es pesada; pero yo os invite á recordar la inscripcion que aun hoy se lee en Bourges en la casa que fué de Jacobo Cœur, uno de los hombres que más hicieron por la constitucion de la nacionalidad francesa: «*A grand cœur rien d'impossible.*»

JUAN REINA.

## EN UN BAILE.

(CARTA ORIENTAL).

Muse of the many twinkling  
feet! whose charms  
aze now extended up from  
legs to arms.....

Musa de los piés inquietos cuya encantadora influencia limitada antes á las piernas se ha extendido á los brazos.....

LORD BYRON.

*Aben-Juzef á su amigo Hissein.*

¡La proteccion de Alá derrame sobre tu cabeza todas las felicidades!

Siguiendo el propósito de comunicarte mis observaciones hechas en este viaje por país de cristianos sobre su civilizacion y costumbres, tan distintas una y otras de las de los creyentes, siervos afortunados del Profeta, quiero hoy hacerte saber las impresiones que recibí en una de sus fiestas más frecuentes y de todos deseadas. ¡Que la lectura de esta sencilla relacion aumente en tí y en cuantos mahometanos la escuchan el amor á nuestros usos sin dejaros alucinar por las falsas ideas que llegan á veces hasta nuestro país, relativas á la sabiduria y superioridad de los infieles!

Ya sabes de cuán eficaces recomendaciones estoy provisto para todos los puntos en que me detengo. El Bajá que en esta capital domina y que aquí llaman Gobernador me invitó personalmente para asistir á un baile que iba á tener lugar en el *casino*. Tú ignorarás lo que es un *casino*: te lo voy á decir en dos palabras. Como estos infieles, segun en otras cartas te he indicado, permiten á sus mujeres y á sus hijas presentarse en público siempre que les acomoda, no obligándolas ni aun á tener un velo sobre el semblante, parece como que han sentido la necesidad de inventar un pretexto ó una ocasion para reunirse los hombres solos: con este objeto escojen una casa donde es de ordinario prohibida la entrada á los bellos séres, delicias de los ojos y embriaguez de los corazones. Llámala *casino* y allí los hombres leen unas hojas por lo general muy insulsas y llenas de cosas inútiles que llaman periódicos, toman una bebida bastante mala que califican de café, pero que te podria jurar por las sagradas barbas del Profeta que ninguno de nuestra tierra admitiria por tal, hablan poco de cosas interesantas y murmuran mucho de todo, especialmente del sexo cuya presencia evitan en aquel sitio. Tambien en la mayor parte de ellos, el juego, que ¡bendito sea Alá! no está entre nosotros tan extendido, causa la ruina de numerosas familias.

Estos casinos, pues, como para desagaviar en algun modo á las mujeres á quienes sobra motivo de odiar su existencia justamente, les abren sus puertas con pretexto de la danza, algunas veces al año, particularmente durante el Carnaval, que es un espacio de tiempo en que los cristianos dicen que se divierten

más que de costumbre y cambian algunos ratos por ropas diferentes su ridiculo traje, cuya vista produciria tu hilaridad más grande, pues consiste por lo general en una especie de tubo negro que se ponen sobre la cabeza y llaman sombrero, aunque no les protege del sol, un pedazo de tela ajustada al cuerpo sin pliegues ni adornos y otro que forma dos cañutos y cubre sus piernas hasta el talon.

A una de estas fiestas ó bailes de casino asistí anoche.

Llegué algo tarde y en el momento en que penetré en el salon, un espectáculo extraño excitó mi curiosidad de viajero. Multitud de hombres y mujeres aparecieron á mi vista, sentados unos y agitándose los demás cual bullicioso enjambre en la mayor confusion. Lo primero que llamó mi atencion es que los hombres se movian teniendo en una mano, con evidentes muestras de causarles embarazo, aquel incómodo y negro tubo que te he dicho usan para cubrirse. Si consideras que cuasi todos están hechos con una piel ó, si no, tela tan particular que al menor roce se afea su superficie, te admirarás del poco discurso de estas gentes, tanto para idear la forma como para escoger los materiales. ¡Y aun hay entre ellos quien se rie de nuestro magestuoso traje! Pero, en todo caso, lo que no comprendo es, por qué, si no pueden ponérselo en el salon, no dejan el sombrero en otra parte. Deben tener razones de mucho peso para resignarse á tal incomodidad.

Algunas de las mujeres tenian la cara cubierta y observé que hablaban mucho y desfiguraban la voz. ¡Loado sea Alá, dije, que hay quienes imitan en algo las costumbres de las nuestras en eso de no mostrar jamás el semblante ante los extraños! Luego salí de mi error, pues una tras otra se fueron descubriendo á poco rato. Parece ser que usan ese modo para dar lo que llaman *bromas*, pocas veces discretas, muchas insulsas y no pocas malévolas, segun el talento, necesidad ó bajeza de las personas enmascaradas y que al decir de estos cristianos, son un medio de expresar á cada uno ó cada una cosas más ó ménos reservadas de su vida ó defectos. De modo que, entre ellos, las verdades sólo se pueden decir con careta y en broma. ¡Felices nosotros, siervos de Mahoma!

Pero, dejando eso, lo que más me sorprendió fué ver la mayor parte de las damas con el cuerpo del vestido cortado por arriba, ya en forma de media luna ó ya de ancho hierro de lanza cuya punta se dirigiera hácia la cintura descubriendo en mayor ó menor extension aquellos nevados contornos cuyo nombre no pueden decentemente los cristianos pronunciar ante ellas sin que se ruboricen. Yo pude á mi costa experimentarlo, pues hablando, aunque torpemente, el lenguaje que aquí se usa, y queriendo decir una fineza á una señora á quien, quizás como una curiosidad, fui en el baile presentado, nada me pareció más oportuno que hacer, á estilo oriental, el elogio de su hermosura y le ponderé especialmente los encantos de los dos esféricos cielos de huri que la adornaban. ¡Nunca lo hubiera hecho! Quedóse confusa y se me dió á entender que habia cometido una falta grave. ¡Extrañas gentes estas á quienes ruboriza el elogio y hasta el nombre de lo que sin inconveniente ostentan á nuestros ojos! Ya puedes suponer que en toda la noche no me atreví á la menor galantería. Comprendí que este país está lleno de contradicciones.

Con seguridad, al llegar á este punto en tu lectura, cruzará por tu mente la idea de que la diversion á que asistía era de un género libre y en la cual sólo mujeres de cierta clase tenian entrada, con cuyas circunstancias nada tendria de asombroso lo dicho, ni cuanto en lo restante de ésta pueda decirte, pues todos los esfuerzos de los santos de nuestra religion no impiden tampoco que en los sitios públicos de nuestras ciuda-



des se presenten mujeres muchísimo más al desnudo, mostrando deshonestamente todos sus encantos ante los creyentes menos severos, en voluptuosas danzas. Esto mismo pensaba yo, preocupado con nuestros usos y olvidando el país en que me encontraba. Hube de hacer tal indicación á mi acompañante y supe de su boca que la reunion ó baile á que asistía era uno de aquellos en que la decencia y circunspeccion se llevan al último límite y que las damas que á mi vista tenia eran las severas esposas y las puras hijas de los principales habitantes.

¡Alá me valga, exclamé, y cómo la fuerza de la costumbre modifica las ideas y los sentimientos humanos! Si las retiradas hijas de los creyentes se vieran obligadas á exponerse á la vista de otros hombres que sus esposos en esta forma, la vergüenza llevaria á sus rostros el oculto fuego de sus corazones. Nosotros nos creeríamos afrentados si otro mortal que los degradados y ambíguos seres que las sirven y custodian hubiera recorrido con lascivos ojos encantos que aquí se exponen sin turbacion alguna. Ciertamente estos infieles que tanto presumen conocer los misteriosos secretos de la naturaleza, ignoran en absoluto la ciencia del amor y de la voluptuosidad. Con tales usos privan á la imaginacion creadora de sus más dulces placeres y á la pasion de sus más intensas manifestaciones.

Y haciendo discursos semejantes, fijaba mi vista en otras jóvenes no menos elegantemente vestidas pero más pudorosamente cubiertas. Ellas, con su delicado instinto, comprendian seguramente que nada perdian de sus hechizos y perfecciones á los ojos de los varones por hacérselos adivinar á través de los sedosos velos y primorosas blondas. Si las demás, no menos castas aunque peor aconsejadas por su ingenio, conocieran el corazon del hombre, ¡con qué cuidado reservarían á sus futuros esposos hasta en estos detalles los dulces privilegios concedidos al amor lícito! ¡Y cómo comprenderían el superior atractivo y encanto que para todos tiene la recatada modestia!

Así me abstraía en mis meditaciones cuando, dirigiendo la vista hácia el sitio donde los músicos estaban colocados, ví á uno de ellos empuñar un pequeño baston con extremidades de oro y levantarle con enérgico ademán. Ibame á lanzar hácia él para contener los efectos de su arrebató, en la creencia de que se proponia golpear á alguno de los que le rodeaban, pero repentinamente y como obedeciendo á aquella amenaza, oyéronse numerosos instrumentos, produciendo una ordenada confusion de sonidos llamada *wals*, segun despues pude enterarme. Volvíme hácia la concurrencia y entónces sí que el asombro debió manifestarse en mi semblante, mi buen Hussein.

Figúrate, amigo mio, á la mayor parte de las hermosas que embellecian aquel recinto en brazos de los individuos de nuestro sexo que con una mano rodeaban la cintura de su respectiva pareja, mientras con la otra comprimian la delicadísima diestra que se les abandonaba; imagínatelas siguiendo con un movimiento más ó ménos vivo el compás de una música embriagadora bajo la peligrosa influencia de un contacto inevitable, si quier sea suave y en la intencion inocente; supón los ojos fijos en otros ojos, los lábios no léjos de otros lábios; añade á todo esto la agitacion que las repetidas danzas han ido produciendo y un no sé qué de voluptuoso que, cual mágico fluido, parece impregnar la atmósfera que se respira y dime si en tales circunstancias es fácil que la naturaleza escitada deje de dar poderosos asaltos al corazon.

Estas y otras semejantes reflexiones expresaba á un jóven que á mi lado tenia en aquel momento, persona que en lo cuidadoso de su tocado y en el acicalamiento de su fino y débil cuerpo no cedia, ántes bien parecia rivalizar con las adorables criaturas que la

bondad de Alá ha destinado á la satisfaccion de los más tiernos afectos del hombre. Oyóme con una extrañeza que iba á la par con mi asombro, plegáronse ligeramente sus lábios con la superior y desdeñosa expresion del que escucha las extravagantes ideas de un ser rudo é inculto, y dignóse, por fin, esforzarse en hacerme comprender que en lo que estaba presenciando no habia ninguno de los peligros que imaginaba, y que hombres y damas se entregaban á aquella diversion sin sentir impresiones distintas de las que en cualesquiera otras circunstancias se producen. Díme por convencido, y continuando en mis observaciones, dudé cada vez más de que las agitadas rosas de los semblantes y la languidez de los ojos no fueran, en muchos casos, muestras externas de la turbacion de los corazones. ¿No piensas lo mismo, mi querido Hussein? Preciso seria, para que el jóven cristiano tuviera razon, que estos infieles fuesen raza en que la naturaleza estuviese amenguada en su vital energia y el temperamento debilitado en sus ardientes expansiones. ¡Ehlo, ciertamente, no es imposible!

Otro sujeto de más grave continente que mi rizado interlocutor, intentó convencerme de que juzgaba erróneamente los modernos bailes europeos, haciendo en general la defensa de la danza como un medio de saludable ejercicio, tan natural á la especie humana que es su uso frecuente hasta entre las tribus más salvajes.—Paréceme que su argumento es desfavorable á la causa porque aboga, contesté con la sinceridad que debe mover los lábios de un musulman: cuando observe entre ustedes, como en los bárbaros que cita, extendida la costumbre de danzar los hombres solos, ó solas las mujeres, á la manera que entre nosotros los siervos del Profeta sucede, entónces no veré en sus bailes sino un movimiento conveniente á la salud y desarrollo del cuerpo. Y supuesto que ambos sexos se entreguen á la vez á tal ejercicio ¿acaso no pueden con más holgura verificar toda clase de giros y piruetas sin necesidad de enlazarse á distancia más ó ménos irrespetuosa?

Cierto que estaba desacertado en cuantas frases salian de mi boca. Con razon dijo el Profeta que la palabra es de plata y el silencio de oro. Todos los que me rodeaban dieron claramente á entender que habia poca delicadeza en mi modo de pensar, y hasta me dijo sin rodeos uno de los presentes que si algun habitante de estas tierras se permitiera sostener ante las damas tales juicios, seguramente se captaria la antipatia de la mayor parte de ellas, imaginándose, con ideas semejantes, ofendidas en los más puros y delicados sentimientos.

Tal consideracion selló mis lábios para lo restante de la noche. Convencíme de que, entre estos cristianos, no diria nada que no les sonára á extravagante reflexion ó grosería. ¿En qué podían mis observaciones inocentes ofender á las huries terrestres, á las tímidas y sensibles compañeras que embellecen nuestra existencia? Ellas (¡Alá las bendiga!) no hacen las costumbres, sino que se someten á nuestros gustos y pareceres: los impuros pensamientos que con liviana ocasion se suscitan en los hombres, no tan facilmente nacen en sus tiernos y amantes corazones. ¡No habrá una mujer inventado ninguno de esos bailes en que el exquisito pudor debió sufrir violencia cuando el uso general no habia aun hecho lícito que la mano del primer invitante pueda posarse libremente en los confines del talle que se le abandona! ¡Cuando este y otros dulces favores estaban exclusivamente reservados como privilegios del amor!

Llegué tarde á la fiesta y estaba escrito que no habia de presenciar su fin. De improviso la música precipitó sus sonidos y, despues de breves instantes de giros vertiginosos, cesaron de oirse los instrumentos



y detuviéronse las parejas. Díjoseme que habia llegado el fin de la primera parte, suspendiéndose por media hora la diversion. ¿Y en qué se invierte este tiempo? pregunté al informante.—Los hombres, por lo general, lo aprovechan comiendo y bebiendo, respondiéndome al punto—¿Pero, á lo ménos, beberán agua tan solo?—¡Dañosa ocurrencia! Nunca con mayor abundancia se vacian las botellas de vinos y de toda clase de licores.—Y, una vez satisfecho su estómago y ahogada su sed con mayor ó menor excitacion del cerebro, ¿preséntanse esos varones ante las damas, ofréncles su brazo y bailan con ellas?—¡Ciertamente que sí! ¿Vuestras preocupaciones asiáticas hallan en esto algo de reprehensible?

No quise oír ni ver más. A pesar de todas las instancias que se hicieron para detenerme, tomé la puerta y me dirigí á mi alojamiento. ¿Son estos, decia atravesando las calles que á él conducen, los que presumen rodear al amor de todas las delicadezas que aumentan su encanto y guardan con el sexo de los hechizos las más minuciosas y finas atenciones, considerándonos como gentes incultas y hasta groseras? ¿Paréceles de exquisito gusto interrumpir los galantes coloquios para entregarse á la satisfaccion de la gula y volver á las bellas, tal vez con no muy seguro juicio, ó, dado que sin perturbacion alguna de las facultades intelectuales sea, como quiero dar por admitido que se verifica, obligándolas, en todo caso, á consentir que á su perfumado aliento se unan las emanaciones del banquete?

Adios, mi buen Hissein. ¡Alá preserve nuestra poderosa nacion de costumbres semejantes! ¡Que el espíritu de los creyentes no se deje influir nunca por el trato de los infieles, cuyos países visito sin perder (¡loado sea Mahoma!) el amor y la admiracion de nuestra pátria!—*Aben-Jucef.*

PABLO ORDAS Y SABAU.

## LA SENSIBILIDAD VEGETAL.

Si hace algunos años se hubiera dicho en serio que los vegetales poseen como los animales el atributo esencialísimo de la vida que se llama sensibilidad, la afirmacion se hubiese juzgado atrevida ó infundada. El *vegetalia crescunt et vivunt, animalia crescunt, vivunt et sentiunt*, de Linneo, ha pasado hasta hace poco como un axioma indudable, capaz de establecer diferencia entre los seres vivientes de uno y otro reino.

Hoy, sin embargo, la sensibilidad vegetal es admitida por todos los fisiólogos; los experimentos de Cl. Bernard la han puesto tan en claro, que nadie duda ya de que las plantas disfrutan «aptitud para responder por modificaciones de todas clases, á la provocacion con que las excitan sus estimulantes naturales.» Las hechas que sirven de prueba á esa manera de pensar pueden repetirse á todas horas, desde que se conoce para la prerogativa biológica que nos ocupa, un reactivo seguro, el agente anestésico.

Dos palabras acerca de este último pondrán á los ilustrados lectores de esta REVISTA al tanto de la cuestion.

Conócense entre los terapéutas con la denominacion de *anestésicos*, todos los agentes que tienen la propiedad de dirigir su accion fisiológica, sobre la sensibilidad que apagan en grado más ó ménos superlativo con arreglo á la intensidad del efecto provocado y en relacion de la cantidad en que obran. El éter sulfúrico, el cloroformo, el cloral, el moderno protoxido de ázoe son sustancias que insensibilizan con facilidad á los seres que sienten, matando en ellos todas

las variedades ó todas las formas de aquella interesantísima propiedad orgánica. Aplíquese sino uno de aquellos medicamentos á la retina y la ceguera subsiguiente demostrará la imposibilidad en que se encuentra para reaccionar contra su estimulante normal la más complicada membrana del ojo; aplíquese á las papilas del tacto y la anestesia de éstas probará bien el poder de tales agentes; propínese á un individuo una alta dosis de bromuro potásico, que tiene la propiedad de anestesiar la úvula, y si despues se pretende excitar esta última con un objeto cualquiera, las barbas de una pluma, que producen siempre náuseas por su contacto con aquel órgano, se verá que la insensibilidad es manifiesta. Hágase, en fin, que sobre un punto cualquiera de la piel obre el éter sulfúrico pulverizado, y si producida la accion local se somete la parte á las pruebas necesarias, el resultado no podrá ser más concluyente; las regiones influidas por el anestésico no ofrecerán sensibilidad al tacto, ni al dolor.

Ahora bien; dado ese carácter especial de la manera de obrar de las sustancias que producen la anestesia, parece natural afirmar que si los vegetales se dejan influir por los mencionados agentes en un sentido análogo al que acabamos de describir, en aquellos habrá propiedades iguales á las que presenta la organizacion animal, con las diferencias y analogías que entre los seres de ambas procedencias establecen las necesidades, los fines, los usos de las especies que viven en los dos reinos. Cuando las causas que actúan sobre la vida general, dan lugar en su accion á resultados idénticos, es preciso conceder que los medios en que el agente etiológico desarrolla su poder son iguales en propiedades; pues de otro modo, dada la variabilidad incesante y característica de los seres, que viven, lo racional, en todo lo que hace referencia á relaciones, entre causa y efecto, es, con respecto á aquellos, la diversidad.

Si, pues, los anestésicos obran sobre los vegetales apagando en éstos alguna de las facultades de la vida, fuerza es reconocer que la facultad abolida ó neutralizada corresponde al orden de las que aquellos agentes anulan en la economía animal; porque de lo contrario no se concibe una relacion de causa á efecto tan absoluta.

Y que las plantas se dejan influir por el éter, por el cloroformo, por los anestésicos en general, es cosa probada; una de las flores que más sensibilidad demuestran bajo este concepto es la *sensitiva*, que pliega sus hojas al contacto del cuerpo que la excita. Pues bien, dice Claudio Bernard (1): «Someted á los vapores de éter ó de cloroformo las hojas de la *sensitiva*, y vereis que, conseguida la accion anestésica, podeis tocar la flor sin que sus hojas se plieguen y reaccionen como de ordinario; no sienten el contacto de las manos.» No es, sin embargo, el que acabamos de trascribir el experimento más elocuente del fisiólogo francés: «Tomad, dice en otro párrafo, un grano de germinacion rápida, como el de algunos berros, y si le colocais sobre una esponja empapada en agua, á la mañana siguiente habrá germinado, presentando un vástago y una raicilla. Repetid la prueba bajo una campana, á la cual lleguen los vapores del éter, y el grano quedará inerte aunque se halle en iguales condiciones de desarrollo que el anterior, no entrando en germinacion hasta que disipada la atmósfera anestésica, despierten en la semilla las propiedades de la vida, es decir, la sensibilidad.»

Bajo la influencia del éter y del cloroformo, Claudio Bernard no sólo ha suspendido la absorcion por las plantas de ácido carbónico, y la exhalacion de

(1) *La ciencia experimental.*



oxígeno que aquellas realizan durante su impropia-mente llamada *respiración*; si que ha conseguido un fenómeno invertido, es decir, que los vegetales, como los animales, absorban oxígeno y exhalen ácido carbónico. «Todos, dice el sábio francés, pueden repetir estos hechos sin más que agitar en una garrafa una mezcla de agua y cloroformo, separar la parte excesiva de este último que se acumula en el fondo, y colocar en seguida la planta, sumergida en el agua anestesante, bajo una campana.» Las fermentaciones, la incubación de los huevos en general, se suspenden fácilmente en una atmósfera anestésica y se reanuda tan luego como el huevo ó el fermento eluden la acción de esta última.

Agréguense á estos resultados otros hechos de antiguo conocidos, por ejemplo, el movimiento desplegado por las partes verdes de los vegetales, que buscan la luz tan pronto como una fuerza extraña cambia su posición natural; y los fenómenos que realiza la raíz de un árbol, buscando ántes de morir la esponja empapada en agua y colocada á una regular distancia, y se verá que no en vano se admite hoy sin controversia que los vegetales tienen sensibilidad. Por otra parte, no era posible otra consecuencia desde que se considera esa aptitud de reacción contra los excitantes naturales, como una propiedad fundamental de todos los elementos orgánicos, de toda célula viviente.

DR. JOAQUIN GIMENO.

## LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA.

### I.

*Luz de la verdad y maestra de la vida* llamaban los antiguos á la historia, y sin embargo hay que decir, que más que por la exactitud y sana crítica en la relación de los sucesos, se distinguieron sus más célebres historiadores por la belleza de la forma, en la cual nos han dejado excelentes modelos Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio y Tito Livio.

Afirman algunos críticos modernos que los historiadores de la antigüedad carecieron de espíritu filosófico, y no es esto completamente exacto; pues se encuentran á cada paso en sus escritos, y muy especialmente en Tucídides y en Polibio, atinadas y sólidas apreciaciones sobre las causas y resultados de los acontecimientos que narran, y Herodoto en su historia de las guerras Médicas hace la siguiente reflexión eminentemente filosófica: «Cuando los hombres, dice, toman resoluciones conformes con la razón, el suceso de sus empresas es también las más veces conforme á la razón; pero cuando sus determinaciones son contrarias á la razón, Dios no quiere ayudar dichas determinaciones.» De manera que el padre de los historiadores griegos introduce en el dominio de la historia la ley moral y la ley providencial, ó sea la acción recíproca de Dios y del hombre.

Pero de estas reflexiones aisladas hasta considerar la historia bajo un punto de vista general y sistemático, media una distancia inmensa que no podían salvar los antiguos, porque se lo impedían la infancia de su civilización, su inexperiencia y aislamiento y el carácter local y exclusivo de sus religiones. Fué necesario que Roma aproximase á los pueblos con sus conquistas, y que el Evangelio enseñase la existencia de un solo Dios y la solidaridad y origen común de los hombres sin distinción de razas para que surgiera la idea de unidad en la historia. Así es como la vemos apuntar primeramente en los escritores cristia-

nos, y aparecer más clara en la «Ciudad de Dios,» una de las obras más notables del santo Obispo de Hipona.

### II.

Habian no obstante de pasar muchos siglos hasta que llegara á su completo desarrollo el concepto de la unidad de la historia indicado por San Agustín; pues mal podían contribuir á su desenvolvimiento las invasiones de las bárbaras hordas del Asia y del Norte de Europa, que acabaron con los últimos restos de la civilización romana y detuvieron el rápido vuelo de la cultura evangélica. Paralizáronse entonces todos los ramos del saber, y la historia no fué más que una relación desordenada é indigesta, en la cual los hechos más ruidosos andan revueltos con los más insignificantes.

Ni la Edad Media con sus crónicas tan sencillas é ingenuas como desprovistas de crítica; ni el siglo xvi con sus reminiscencias clásicas; ni el siglo xviii con sus historias impregnadas en el espíritu de los enciclopedistas, y dirigidas como arma de ataque contra el Cristianismo y contra las instituciones de la Edad Media, llegaron á penetrar en el campo de la Filosofía de la Historia en el sentido que le han dado los modernos, á saber: *como la ley superior y constante bajo la cual la Humanidad se desenvuelve á través de los siglos.*

### III.

No es empresa fácil agrupar y armonizar los múltiples y discordantes sistemas que se han inventado sobre este punto de imposible solución; pero examinando los principios que les sirven de base y dejando á un lado circunstancias de exposición y de detalle, pueden reducirse á tres categorías: sistemas cristianos ó teológicos; sistemas filosófico-panteístas, y sistemas materialistas.

Como el más célebre y primero en antigüedad después de S. Agustín, entre los representantes de la escuela cristiana, figura Bossuet, que en su «Discurso sobre la Historia universal,» uno de los monumentos más grandes del ingenio humano por la elevación y profundidad de sus ideas y por la grandilocuencia de su palabra, fijando su vista de águila en la historia antigua, no ve en toda ella más que una preparación providencial para la venida del Mesías y la propagación del Evangelio, á cuyos dos hechos contribuyeron de consuno el pueblo judaico con el respeto y apego á sus tradiciones y Roma con sus conquistas.

La escuela filosófico-panteísta tiene por intérpretes á Hegel, que explica todo el movimiento de la historia por el desarrollo sucesivo de la *Idea*; á Coussin, que subordina dicho movimiento á los elementos fundamentales de la razón, lo finito, lo infinito y la relación entre lo uno y lo otro; y á Laurent, que establece el progreso continuo como ley de la historia, por cuyo medio llegará la Humanidad á una edad de oro, de paz y de armonía, con la asociación fraternal de todos los pueblos.

Omitimos hablar de la escuela materialista que considera al hombre como materia organizada y lo hace descender del mono, pues creemos que á una concepción tan degradante y anti-filosófica ni se puede ni se debe darle nombre de filosofía.

En cuanto á los sistemas que hemos colocado en la segunda categoría no puede negárseles cierta grandeza en su concepción y en sus miras; pero todos ellos anulan la acción individual y conducen á un fatalismo más ó menos disimulado; de manera que bajo este concepto vienen á confundirse con la escuela materialista.

En el sistema de Hegel, que sustituye á Dios con lo que llama la *Idea*, sér indeterminado y vago, que



se conoce á sí propio en la conciencia del hombre, éste y Dios se desvanecen como fantasmas impalpables, y la historia se parece á una interminable procesion de sombras que va pasando por el fondo oscuro de una linterna mágica.

Para Coussin, los individuos, aun aquellos de más superior talento y accion más vigorosa, no ejercen ninguna influencia sobre su época, sino en cuanto sirven á uno de los elementos fundamentales de la historia.

Y en la hipótesis de Laurent, el hombre es arrastrado por la Humanidad, que por una ley irresistible sigue una marcha constantemente progresiva.

¿Qué es lo que dejan estos sistemas á la libre voluntad del hombre? ¿Cuál es el papel que en ellos representa el individuo?

Ninguno; absolutamente ninguno.

#### IV.

Indicamos ántes que es imposible la solucion del problema histórico que se proponen los modernos, y vamos á exponer brevemente las razones en que fundamos nuestra opinion.

Por extensos que sean nuestros conocimientos en la historia, son muchos más los hechos que no conocemos, ó que conocemos de una manera imperfecta é inexacta, que aquellos de los cuales tenemos un conocimiento completo. Esto en cuanto á lo pasado, que en cuanto á lo porvenir es un libro cerrado á nuestra inteligencia. ¿Y cómo, si nos faltan tantos datos, y si de los que poseemos no conocemos su mútuo enlace y recíproca influencia, hemos de fijar la ley que rige á la historia, para lo cual seria tambien preciso comprender el lazo misterioso que existe entre la libertad que el hombre siente en el fondo de su conciencia, y la accion providente de Dios, que no puede negarse?

Son, pues, y serán siempre inútiles los esfuerzos que el hombre haga para averiguar esa ley vedada á su inteligencia, y debe contentarse con descubrir y estudiar aquellas manifestaciones que estén á su alcance, y puedan servirle de ejemplo y de guia para arreglar sus actos.

#### V.

Una de estas manifestaciones, la más importante é instructiva, es la existencia de la ley moral y su ineludible sancion. Nunca escapan á ésta las naciones, bien sea que cumplan dicha ley, bien la olviden y conculquen: en el primer caso florecen, adquieren poderío y reina en ellas la abundancia y la paz; en el segundo decaen, se degradan, se introduce en su seno la discordia y nunca se libran del castigo, que por lo comun lo reciben de su propia mano: pues, si como dice Pastoret, el azar ó la oscuridad protejen algunas veces al malvado que muere sin haber espiado en la tierra su crimen, alcanza indefectiblemente el castigo á los imperios, que ni pueden ocultarse ni está limitada su duracion á un corto número de años.

Otra de las manifestaciones de la historia es la del progreso relativo que en la Humanidad se realiza, no en virtud de una ley *necesaria*, sino por la libre actividad del hombre convenientemente empleada, y por la continua enseñanza que de unas a otras se transmiten las generaciones.

Es muy comun en los historiadores que pretenden acomodar los hechos á una teoria filosófica, ocuparse solamente de la especie sin cuidarse para nada de los individuos; atribuirlo todo al influjo de la idea y nada á la voluntad del hombre; pero en esto proceden con exageracion. Debieran tener presente que hay que considerar al hombre bajo un doble aspecto: como hombre de su siglo y como hombre de todos los siglos. Bajo el primer concepto recibe la influencia de su época;

pero él á su vez influye en ella con sus pasiones, su energía y su voluntad que le acompañan en todos los tiempos.

Terminaremos este brevísimo y desaliñado bosquejo sobre la filosofía de la historia, con la discreta y atinada observacion de un escritor francés, que contradice la opinion proclamada como dogma por ciertas escuelas, de la justicia y necesidad de todas las revoluciones.

Atribúyense por lo general, dice este escritor, todas las revoluciones y movimientos de la historia al desenvolvimiento de nuevos principios morales y de nuevos derechos, y al descubrimiento de nuevas verdades; pero ni es cierto que la verdad falte casi nunca á los hombres, ni las revoluciones de los pueblos son siempre el resultado lógico de aquellos desenvolvimientos, sino que proceden con frecuencia de la lucha de sus pasiones é intereses.

IGNACIO ANDRÉS.

## AL HOMBRE POR LA PALABRA.....

### PROVERBIO

### EN UN ACTO Y EN PROSA.

(CONTINUACION.)

CALIXTO ..—¿Te ries? Buena señal; acerté. Ahora venga la recompensa.

(Intentando besarle la mano segunda vez).

SERAFINA.—¡Caballero!—(*Retirándose*).

CALIXTO ..—Pero hija mia: ¿para cuándo guardas tú la recompensa? Creo que estamos solos, tu fámula no me conoce... conque veámonos las caras.

(Se aproxima á ella).

SERAFINA.—Lo pensaré.—(*Se levanta*).

CALIXTO ..—Mira que te mira Dios, mira que te está mirando; mira, no lo pienses mucho y vámonos arreglando.

SERAFINA.—¿Ha sido usted oficial ó confitero? Lo digo por los versos.

CALIXTO ..—¡Conque por los... pero qué monísima debe ser usted!... ¡Ay!... este clavel se la ha caido á usted sin duda.

(Recoge del suelo una flor que Serafina deja caer al levantarse).

SERAFINA.—Sí, señor; es mio.

(Alargando la mano para cogerle).

CALIXTO ..—Permíteme, querida; me lo guardo. Aquí lo llevaré como un recuerdo.

(Se lo pone en el ojal de la levita).

SERAFINA.—Puesto que usted se empeña... (Le voy á marcar de lo lindo.) Salgo al momento.

CALIXTO ..—¿La acompaño?

SERAFINA.—Tenga usted la bondad de esperar.

(Le obliga á sentarse).

CALIXTO ..—Muchas gracias.

SERAFINA.—Va usted á sufrir un desengaño.

CALIXTO ..—Allá lo veremos.

(Vase Serafina por la segunda lateral de la derecha).

#### ESCENA V.

Calixto.

CALIXTO ..—¡Qué diablo de mujeres! Pues no ha de salirse con la suya; porque si ella es el diablo, yo soy el demonio. Afortunada-



mente he sido oficial de carabineros y mi padre tenía una gran fábrica en Toledo donde pude estudiar á mis anchas el género... femenino. Añádase á esto que me veo por fin libre de Polonia, mi décimo-sexto amor... ¡Ay qué mujer! Solo en Madrid se encuentran estas bonitas gangas. Polonia es una jóven viuda que enamorada de mi perilla—lo confesó ella misma una noche en que... etcétera... —no me deja ni á sol ni á sombra, exigiendo el cumplimiento de una... palabra que la dí. Qué diablo de mujeres, como si uno no tuviera que cumplir más que cuatro ó cinco palabras... ¡Hola! parece que tarda.

(Se acerca á la puerta de la izquierda).

ESCENA VI.

Calixto.—Benito.

(Benito aparece por la lateral de la derecha con sombrero y abrigo, es decir, de la misma manera que entró).

CALIXTO...—¿Quién es?...

(Volviéndose de pronto).

BENITO....—Caballero... ah!...

(Reconociendo á Calixto).

CALIXTO...—¡Adios, Benito! Mi querido Benito, mi simpático Benito, mi apreciable Benito, mi antiguo Benito, mi...

(Le abraza repetidas veces).

BENITO....—Basta, hombre, basta... ¿Tú por aquí? Cuánto me alegra verte. —(Como si me pegaran un tiro.)—(Aparte).

CALIXTO...—¿De veras, eh?

BENITO....—De veras, chico.

CALIXTO...—Vaya, pues sentémonos.

BENITO....—(¡Maldita casualidad! Ahora me pide los diez mil reales.) (Aparte.)—Bien, como quieras.

CALIXTO...—Antes de todo, voy á tomar las señas de tu casa.

(Sacando una cartera).

BENITO....—(Escapemos de esta.) (Aparte.)—Si no vivo aquí.

CALIXTO...—¡Canastos!

(Con el mayor asombro).

BENITO....—(Aparte.) (Buena será trasladar nuestro domicilio).

CALIXTO...—Pero, hombre, ¿podremos saber alguna vez dónde vives? Está visto; tú cambias de casa como yo de camisa.

BENITO...—Esta es cuestion de mujeres, que son más caprichosas que el Gran Turco.

CALIXTO...—De modo que no veré ni aun siquiera una parte de los diez mil...

BENITO....—Que todavía te adeudo. No creas que lo olvido.

CALIXTO...—Mira, págame, y puedes olvidarlo desde luego.

BENITO....—El caso es que...

CALIXTO...—Y entonces ¿qué buscas aquí?

BENITO....—Vengo á hacerme presente á una viudita jóven que me tomó prestados algunos reales.

CALIXTO...—¿Una viuda? ¿Si será Polonia?

BENITO....—¡Ah... Polonia!

(Transición; se levanta y comienza á pasear la escena declamando con ademanes apasionados y cómicos).

¡Yo amaba á Polonia! ¡Ah... siento renacer en mi corazon la fúria de los celos!...

¡Marcha, aléjate con dos mil de á caballo!

Yo no puedo, yo no debo mirar con buenos ojos al seductor de Polonia. (Si yo consiguiera echarlo de aquí.)—(Aparte).

CALIXTO...—Poco á poco. Fué Polonia la que á mí me sedujo.

BENITO....—¡Oh! Márchate, vil seductor! Asesino doméstico! Aléjate para siempre!

CALIXTO...—Mira, chico, recuerda que he sido oficial de carabineros y que me debes diez mil reales.

BENITO....—Eso te vale.

CALIXTO...—No, hasta la fecha...

BENITO....—Dame un pequeño respiro.

CALIXTO...—Bien; de eso hablaremos despues. Volvamos á Polonia. Tú sabes lo que pasó: ¿qué habia de suceder despues de aquella noche en que... etcétera?... Desde entónces no ha perdido las huellas de mis pasos. Si entro al café, amanece detrás de los cristales; si subo al casino, delante de la escalera; si voy á la oficina, al lado del portero, y, en fin, se me ha pegado...

BENITO....—¡Infeliz Polonia! ¿Y no puede hallarse algun medio de conciliacion?

CALIXTO...—Ya se lo propuse. Puesto que mi perilla habia sido la causa eficiente y efectiva de que llegara aquella noche en que... etcétera... la dije: «Yo sacrifico á usted mi perilla, mi hechicera perilla; mi peluquero se encarga del sacrificio, y usted recibe mi perilla liada en un bonito papel de color verde y rosa.

BENITO....—Eso significa ilusion y esperanza. ¡Infeliz Polonia!

CALIXTO...—Justamente. Pero ni por esas. Su pasion era radical como la curacion de los callos que ofrecen nuestros pedicuros.

BENITO....—¡Ilusion! ¡Pasion! ¡Curacion! Esas tres palabras encierran un poema, ó mejor dicho, un drama trágico sin epílogo.

CALIXTO...—¡Yo sí que podia escribirlo! Pasemos á la segunda parte: ¿por qué razon el autor de la tragedia de Polonia se encuentra rebusando felicidad en casa de otra viuda jóven, deudora de su imigo Benito?

(Serafina asoma la cabeza de vez en cuando por la puerta).

BENITO....—Eso parece una novela.

CALIXTO...—Oye bien. Acababa de entrar anoche en el baile del Real, cuando tropiezo con una máscara llena de elegancia y atractivos. A pesar del capuchon y de la careta, yo las cazo al vuelo. ¡Qué formas, qué ojos, qué perfumes, qué chic, qué meneito!...

BENITO....—Y qué... etcétera!

CALIXTO...—Yo la sigo, la hablo, la convengo, bailamos, estrecho su cintura, tomamos un cuartito reservado...

BENITO....—¡Infeliz Polonia!

CALIXTO...—Cenamos, y luego al volver al salon desaparece sin saber cómo, dejándome en el mayor desconsuelo del mundo! Chico, comprendo las lágrimas.

BENITO....—¿Qué, vas á llorar? Vaya, pues...

(Como disponiéndose á ir).

CALIXTO...—No, no. Yo me quedé haciendo pucheritos; pero juré buscarla por los cuatro puntos cardinales de Madrid. Las entrañas de la tierra, nuestra madre, no serán bastantes para ocultarla á la perspicacia de mis ojos.

BENITO....—Será demasiado grande para volver á las entrañas de su madre.



CALIXTO...—Y en efecto; al día siguiente me echo á la calle, y delante de un magnífico escaparate diviso á mi traidora máscara en compañía de otra idem. Te advertí que llevaba el mismo traje y la misma careta, aunque no pude verla sin ella. La toco en el hombro, vuélvese, me mira, y se lanza á buen paso por una endiablada travesía. Empezamos á cruzar calles, y calles, y despues de dos mil vueltas, penetra en un portal, y yo detrás, llamamos, subimos, entramos, y aquí nos tienes en medio de una situación culminante, inverosímil y original.

BENITO...—(¡Canastos! ¡Si será mi mujer! Procedamos con calma). (*Aparte*).—Pero ¿tú no has conocido quién pueda ser ella?

CALIXTO...—Pues chico, si la hubiese conocido... valiente cuidado me daría...

BENITO....—(¡Aprieta!) (*Aparte*).—Con que...

CALIXTO...—Ella me prometió volver sin careta, y aquí viene sin duda alguna.

(Al ver aparecer á Serafina que habrá estado oculta por la primera lateral de la derecha).

(¡Calle! Pues sale por otro lado).

#### ESCENA VII.

Dichos.—Serafina.

BENITO....—(¡Mil truenos!)—(*Aparte*).

(Con ira, y sin poder reprimirse).

CALIXTO...—Qué...

(Reparando en el gesto de D. Benito).

SERAFINA.—(Empieza el mareo.)—(*Aparte*).

CALIXTO...—Veo que sabe usted cumplir su palabra.

SERAFINA.—Caballero...

(Le mira un momento fingiendo una suma extrañeza, y luego se dirige á D. Benito).

BENITO....—Señora mía... (Si no fuera por los diez mil.)—(*Aparte*).

(Reprimiendo su natural impulso).

SERAFINA.—Mucho siento, señor D. Benito, haber hecho esperar á usted tan largo rato.

CALIXTO...—Hombre, me gusta.

BENITO....—Nada de eso... (¡Canario! ¿Qué significa esta tramoya?)—(*Aparte*).

SERAFINA.—Y este caballero... ¿será tal vez amigo? ..

(Con frialdad).

CALIXTO...—(*Yendo hácia Serafina.*)—Este caballero, señora mía, tiene el derecho de pedir á usted explicaciones de su conducta, de su fingimiento, de su...

SERAFINA.—Señor D. Benito, ¿usted me dirá?...

(Cortándole la palabra y volviéndose á D. Benito con el mayor asombro).

BENITO....—¿Y qué quiere usted que yo la diga?

(¿Habré oído nuestra conversacion esa sardanápala?)

CALIXTO...—Muy bueno es divertirse con el prógimo, pero no tanto, señora; pero no tanto.

BENITO....—(Yo estoy aquí medio escamado.)—(*Aparte*)

SERAFINA.—Si usted no me habla más claro...

BENITO....—(Y dice que estrechó su cintura). (*Aparte*)

CALIXTO...—¡Ah! ¿Desea usted que yo hable delante de testigos?

BENITO....—(Y que la convenció).—(*Aparte*).

SERAFINA.—Se necesita descaro.

CALIXTO...—Puedo traer testigos.

BENITO....—(Y que tomaron un cuartito reservado). (*Aparte*).

SERAFINA.—¿Qué más querría usted?

BENITO....—(Y que cenaron) (*Aparte*).—¡Zambomba! (Estallando de pronto y yendo con aire amenazador hácia los dos que continúan disputando).

¡A ver, á ver! Aclaremos eso de la reserva y de la cena.

JOSÉ M. MATHEU.

(Se concluirá.)

## QUINCENA MADRILEÑA.

Efectos de la preocupacion. Ocurre muchas veces que al sumar una columna de guarismos, por ejemplo, se obstina uno en que cinco y seis son trece, y aunque para asegurarse del exacto resultado de su operacion la repita, el trece ha quedado grabado en su memoria, y sume de arriba á abajo ó de abajo á arriba sale el número fatal por todas partes.

Así yo, despues de haber puesto el epígrafe á mi crónica del número anterior, preocupado con la idea de la quincena, dí principio á ella afirmando que desde el año 1836 en que se estrenó *El Trovador* hasta 1880 en que se ha coronado á su autor han transcurrido sólo quince.

Los ilustrados lectores de la REVISTA suplirian mi error: bastada para ello la consideracion de que si el espacio que media entre ambos acontecimientos fuera tan corto, García Gutierrez no seria abuelo.

Y, no por no serlo, sino por lo que siempre halaga el ser jóven, pudiera el anciano poeta, si á sus manos hubiesen llegado mis desaliñados párrafos, contestarme con la expresion vulgar:

—Hágamelo usted bueno.

\* \* \*

Habia anunciado ya oportunamente la vuelta á nuestra escena de *Los amantes de Teruel* y *Don Alvaro* que con *El Trovador* y *El Zapatero y el Rey* forman el testimonio de admiracion con que esta década del último tercio de nuestro siglo ha festejado la memoria de aquel espléndido período en que brillaron como refulgentes estrellas en el cielo del arte, Zorrilla y García Gutierrez, Hartzembusch y el duque de Rivas, Espronceda y Larra.

Faltaría oportunidad é interés á lo que decir pudiera sobre la primera de las obras en el párrafo precedente citadas: de la segunda, no ménos conocida y tanto como la que más celebrada, he de limitarme á consignar que su primera representacion constituyó anoche un acontecimiento para los amantes de nuestra escena, ávidos siempre de admirar la más preciada joya del que fué aristócrata ilustre, digno patriota, inspirado artista, distinguido diplomático é insigne poeta; para el Sr. Calvo, que con ocasion de su beneficio obtuvo un gran triunfo... y para los revendedores, pues butacas, que ya por la tarde se vendian á más de cuarenta reales obtuvieron á última hora el precio de cinco duros.

\* \* \*

Contemplando un *bebé* dibujado en la caja de fósforos que tengo sobre la mesa, recuerdo que los autores de las dos obras más notables estrenadas durante la quincena, han hecho estribar en dos niños la trama de sus producciones.

Hay un refran, harto sabido, que aconseja no meterse con los niños; pero fuera injusticia mia afirmar que los señores Santero y Echegaray (D. Miguel), autores respectivamente de *Angel* y *La Fuerza de un niño* han alcanzado con sus obras el resultado que el refran indica. Debe satisfacer al primero la consi-



deracion de que si este *ángel* por él creado tiene escenas alas para volar por nuestra escena, ha acreditado con su primera produccion que puede dignamente lanzar otras á tan peligroso espacio. En cuanto al segundo, tiene probado que puede desarrollar más fuerza, ó lo que es lo mismo hacer mejores comedias.

Hay más: el señor Santero debe reconocer que ser de primera intencion, además de médico ilustre y orador distinguido, autor sin tacha, seria pedir demasiado.

Una y otra obra han dado lugar á la siguiente pregunta, hecha por un señor escesivamente obeso que hablaba de ambas:

—¿Dónde está el niño?

El buen señor no queria convencerse de la existencia de las criaturas por simple referencia.

\* \* \*

Entre la sucesion rápida de los acontecimientos de todo género que en Madrid tienen su iniciativa, se han perdido ya los ecos de las controversias á que dió origen la aparicion de *La vision de Fray Martin*, último poema del primero de nuestros líricos contemporáneos.

Cuando no dejase á más ilustrado criterio el juicio de esta produccion, obligárame á no consignar el mio el carácter de la REVISTA y el del personaje que á aquella sirve de asunto.

Lutero pensador, fraile, poeta y escritor humorístico es, sobre todo, el iniciador de un cisma religioso en contra de las creencias á que rinden culto la mayoría de los españoles. El exámen del poema exige necesariamente el de la época en que vivió, las circunstancias que le rodearon y las ideas por él propagadas, todo lo cual, además de sobradamente largo, es impropio de estas páginas.

Nuestro nuevo é ilustre colaborador, Sr. Nuñez de Arce, despues de las magnificas octavas de la *Última lamentacion de Lord Byron* y las brillantes décimas de *El vértigo* ha querido sacar al verso libre del olvido en que yacía, nutriéndolo con su entonacion vigorosa, su riqueza de pensamientos y su mágica cadencia.

No faltan algunos, sin embargo, que ponen en duda la justicia de que se considere á esta forma como expresion de la poesía. Sin dar mi opinion sobre tan difícil materia, pareceme que se presta á provechosa discusion.

\* \* \*

Recientemente ha dado en el Ateneo otro de los colaboradores de la REVISTA, el Sr. Blasco, una lectura de poesías serias y humorísticas. Todas, y especialmente las de este género, obtuvieron aplausos del distinguido auditorio que las escuchó.

\* \* \*

Dos hechos criminales han puesto sobre el tapete una importante cuestion psico-fisiológica. Despues del dictámen dado por el Dr. Esquerdo en la causa de regicidio, los inconcebibles delitos cometidos por Garay, hoy de todos conocido por el *saca-mantecas*, han preocupado la atencion general. Hay quien sólo admitiendo la existencia de una locura sin ningun carácter aparente, puede concebir que un hombre de vida tan morigerada como el preso de la cárcel de Victoria, haya podido realizar tantos y tan horrendos hechos, sobre cuyos detalles obliga el respeto al pudor á echar un velo.

El doctor Esquerdo ha dado una notable conferencia sobre los locos que no lo parecen, demostrando que no es inmerecida la fama que como alienista goza. No puede ciertamente aplicarse á él, lo que un jóven de buena sombra decia á otro médico que á esta especialidad consagraba sus estudios.

—Ya sé porque se interesa usted tanto por los locos, decia.

—¿Por qué?

—Porque es usted uno de ellos.

\* \* \*

Hace tres semanas apenas le conocia lo más escogido del mundo artístico: hoy le conoce todo Madrid, le han oido los concurrentes á los conciertos, y se contempla en los escaparates de los editores de música su fotografía.

Nadie es profeta en su patria; tal debió pensar Sarasate al recorrer los países extranjeros arrancando con las notas de su violin los más tiernos latidos de los corazones amantes del arte y las hojas de su corona de artista, para venir, despues de conquistada la aureola del génio, á decirnos:

—Soy vuestro compatriota; todos los pueblos civilizados del globo me conocen ménos vosotros.

Consuela á las almas que aman lo bello, la observacion de que en esta época tiene España brillantísima representacion en todas las manifestaciones artísticas.

En la interpretacion del género musical sobre todo brilla España como ninguna otra nacion. Sarasate, Elena Sanz, Gayarre, Aramburo, Marin.

Estos dos últimos no cantan en España. Recordarán quizá que nadie es profeta en su patria.

MARIO.

## HOMBRE AL AGUA.

AL SEÑOR DON PEDRO A. ALARCON.

—Dadme un remedio, doctor.

—¿Para qué?—¡Para el hastio!

—Seguid el ejemplo mio;

yo tuve el mismo dolor,

me eché de cabeza al rio,

salí... y ahora estoy mejor.

Me hallaba desesperado;

maldiciendo de mi suerte,

busqué la muerte... y á nado,

ántes de haberla probado,

hastiado ya de la muerte,

busqué la vida en el vado.»

—

Era la receta buena;

el paciente con valor

y con mirada serena

se echó al agua, y al doctor

que le aguardaba en la arena

le dijo así, con dolor:

—Muero; no vale la pena

de nadar; todo es peor.

—

Mucho se pasmó el Galeno,

y en su orgullo lastimado

se decia:—¡Bueno, bueno!

murió por no ser sereno;

hombre cobarde, apocado,

como estaba de horror lleno,

no supo salvarse á nado.

—

*Pues la sociedad (doctor*

*en todas las facultades)*

*nunca sentencia mejor:*

*cuando caigas y no nades,*

*se te negará el valor*

*para colmo de bondades.*

CLARIN.



## LAS GLORIAS DE ZARAGOZA.

A MI ESTIMADO COMPAÑERO D. B. MEDIANO.

¿Quién no guarda en la memoria  
Las hazañas inmortales  
Con que los ricos anales  
Fatigaste de la historia?  
¿Quién puede cantar la gloria  
De tu sublime entereza?  
Yo, al humillar mi cabeza,  
Juzgo locura ese empeño:  
¿No he de sentirme pequeño  
Al medir tanta grandeza?

Yo sólo quiero ofrecer  
Una flor, un homenaje  
En el humilde lenguaje  
Que se escapa de mi sér;  
Yo no aspiro á recoger  
Un laurel en tus laureles,  
Y ser grande como sueles  
No sabrias para mí,  
Si al prosternarme ante tí,  
De tus plantas me repeles.

Yo sólo ansío arrojar  
A tus plantas una ofrenda  
Que del alma se desprenda  
Donde tienes un altar;  
¡Que no bastan á copiar  
Tu heroico brio guerrero  
Ni todo el empuje fiero  
Del huracan, ni el pincel  
Del divino Rafáel,  
Ni las grandezas de Homero!

¿Pero humillarme podrias  
O despreciarme orgullosa?...  
¡Si tu sangre generosa  
Corre por las venas mias!  
¡Si aquí entre cenizas frias  
Sepulté toda ilusion!  
¡Si sangre y vida Aragon  
Dió al padre mio adorado  
Y con él, aquí enterrado  
Tengo todo el corazon!...

¡Zaragoza!... ¡Diosa eterna  
Sobre flores reclinada;  
Ejemplo en la edad pasada,  
Asombro en la edad moderna!  
Tú harás que vuele y se cierna,  
Como el águila en la altura,  
Como esa luz que fulgura  
Sobre las ansias del hombre,  
La llama viva de un nombre  
Sobre la gente futura.

Tú, valerosa Ciudad,  
Enseñabas á tu rey  
A respetar en la ley  
La más santa majestad;  
Tú adoras la libertad,  
A los tiranos detienes;  
Con el poder no te avienes  
Que en sombras el hacha aguza,  
Y el cadalso de un *Lanuza*  
Y un *Cinco de Marzo* tienes.

Y tú, Ciudad generosa,  
De resplandor deslumbrante;  
En todo siempre gigante,  
Y siempre en todo grandiosa:

¿Nada hiciste valerosa  
Por la fé y la religion?  
¿Cuántos tus mártires son?  
¿Los pudiste numerar?  
¿Quién ha podido contar  
Las grandezas de Aragon?

¡Aragon!... ¡Llamas gloriosas  
Que se esparcen por el mundo!  
¡Un santuario fecundo  
De leyes maravillosas!  
¡Altars que las hermosas  
Bañan de luces divinas!  
¡No brilla sólo en sus ruinas,  
Ni faltarán nunca en él,  
Para amar, una *Isabel*,  
Y al combatir, *Agustinas*!

¡Aragon!... ¡Verjel florido;  
Crisol de mágicos séres,  
De guerreros y mujeres  
Que asombro del mundo han sido!...  
Aquel *Trovador*, herido  
De amorosa ceguedad;  
Aquella ardiente beldad,  
Aquella sublime amante,  
¿Es sueño, ó fué palpitante,  
Luminosa realidad?

Aquel loco frenesí  
No es delirio, no es mentira;  
Y si es que el génio delira,  
El génio soñaba así,  
Porque bien podia aquí  
Nacer una *Léonor*!  
¡Mujeres! ¡Divina flor!  
¡Mujeres! ¡Luz de esta tierra!  
¡Que así matan en la guerra  
Como se mueren de amor!...

No es sueño aquella *Isabel*,  
No es sueño aquella *Burleta*,  
Como no es sueño un poeta  
Que hoy te cubre de laurel;  
Y si el encanto, el pincel  
Que hizo inmortal á Sevilla,  
Las luces del cielo humilla  
En una espléndida joya,  
¡Hoy en la pátria de *Goya*  
Puede nacer un *Pradilla*!

Y tú, inmortal baluarte  
Contra extranjeros agravios:  
¿No han conseguido tus sábios  
Hasta los cielos alzarte?  
¿Los horizontes del arte  
Acaso tú no arrebolas,  
Ni las glorias españolas  
Nada te deben, ni son  
Orgullo de esta nacion  
Los divinos *Argensolas*?

Aquella Grecia, cantada  
Por sus glorias seculares,  
¿No vió á tus almogavares  
Vencida y ensangrentada?  
¿Quién la morisca Granada  
Miró tendida á sus piés,  
Y el mundo que el Genovés  
Besó cual mágica orilla?  
Una reina de Castilla  
Y un monarca aragonés.

Si, asombro de las naciones,  
Los heroicos castellanos

Ante infieles soberanos  
Tremolaban sus pendones,  
¿Las homéricas legiones  
De tus rudos capitanes,  
No hendian, como huracanes,  
Cual nubes asoladoras,  
Las huestes batalladoras  
De los fieros musulmanes?

¿Y no sabian lidiando  
Tus cristianos caballeros,  
Forjar los timbres guerreros  
De aquel tiempo venerando;  
Y, sobre alfombras pisando  
De turbantes y alquiceles,  
De ensangrentados infieles  
Y medias lunas malditas  
No retumbó en las mezquitas  
El casco de sus corceles?

Y si espejo de valor  
Y de hidalgua es el *Cid*,  
¿No fué un gigante adalid  
Aquel *rey Batallador*?  
Y si ante incuo invasor  
Lanza Madrid aquel rayo  
Que arranca de su desmayo  
A la esclava que solloza,  
¿Los sitios de *Zaragoza*  
No valen un *Dos de Mayo*?

¡Oh tierra que á la fortuna  
Debiste legisladores,  
Y reyes conquistadores  
Que hollaron la media luna!  
Aragon: dorada cuna  
Del poeta y del soldado;  
Hermoso altar consagrado  
Al valor y á la nobleza:  
¡Yo descubro mi cabeza  
Y saludo tu pasadol!...

Al lejano Oriente fueron  
Tus rudos almogavares,  
Y, señores de los mares,  
El turco á sus plantas vieron;  
Indomables, te ciñeron  
Una inmortal diadema;  
Que, con bravura suprema  
Y desdeñando la malla,  
Con sangre en cada batalla  
Te escribian un poema!

¡Oh Ciudad, á quien no abate  
Ni el esfuerzo más grandioso!  
Tu corazon generoso  
Con sangre de fuego late;  
Tú te arrojaste al combate  
En una y en otra edad,  
Cual gloriosa tempestad  
De rugiente violencia,  
Al grito de ¡*independencia*!  
Al grito de ¡*libertad*!

Cuando á naciones veías  
Enmudecer como esclavas,  
¡*Atrás!* con brio gritabas  
Y á Napoleon detenías  
Indómita defendías  
Tus sacrosantos derechos;  
Si, por las balas deshechos,  
Se desplomaban tus muros,  
¡Otros, tus hijos, más duros  
Te formaban con sus pechos!



Tú te opusiste serena  
A la carrera triunfal  
De aquel guerrero inmortal  
Que fué de *Arcote* hasta *Jena*;  
A las águilas del Sena  
Les infundiste respeto;  
Tú les lanzabas un reto,  
Y bien lanzarlo podías,  
Pues muros de carne hacías  
Y de un hombre un parapeto!

Nunca imprimir en tu faz  
Su amarillez pudo el miedo;  
Y atacada con denuedo,  
Te defendiste tenaz,  
Y el enemigo, que audaz  
Llegó á minar tus cimientos  
Y con brazos violentos  
A desgarrar tus entrañas,  
Avanzó sobre montañas  
De cadáveres sangrientos!

Con las huestes del *Coloso*  
Anhelando combatir,  
Era un matar y morir  
Sin piedad y sin reposo,  
Y, sobre un mar ardoroso  
Cual la arena del desierto,  
De lodo y sangre cubierto  
El moribundo luchaba:  
¡Si todo el que no mataba  
Era porque estaba muerto!

Te desangrabas, herida,  
Por mil copiosos torrentes;  
Las llamas, como serpientes,  
Te iban robando la vida;  
Humareda enrojecida  
Te envolvía en un sudario;  
En un manto funerario  
Las nubes te aprisionaban,  
Y tus calles semejaban  
Inmenso lúgubre osario:

En pié ya no te quedaba  
Un hombre, ni un parapeto;  
Eras lívido esqueleto  
Que sobre ruinas se alzaba;  
El hambre te atormentaba,  
La fiebre te consumía,  
Y en tu homérica agonía  
Aun murmurabas *¡atrás!*...  
Un esfuerzo, un paso más,  
¡Y otra *Numancia* caía!

Caíste, pero anegada  
En un Océano humeante;  
Caíste, pero gigante;  
Caíste, mas no humillada:  
Al cabo cede y se horada  
Y se deshace la roca,  
Y el recuerdo te coloca  
Sobre tan alto esplendor,  
¡Que hoy tu mismo vencedor  
Para ser grande te invoca!...

Venid, génios inflamados  
De la ardiente fantasía:  
Bañad á la pluma mía  
En los recuerdos sagrados  
Que viven aprisionados  
En el fondo de mi sér,  
Y dejadme conmovér,  
Arrebatad á las fosas

Aquellas sombras gloriosas  
Que fueron rayos ayer...

Mirad... mirad cómo viene  
Hacia nuestros horizontes,  
Y cruza valles y montes,  
Y en la cima del Pirene,  
Vacilante, se detiene  
Cual si en magnífica presa  
Intentára por sorpresa  
Caer como el huracán...  
Es el génio de un Titan:  
¡Es el águila francesa!...

Si en la Europa te has bañado  
Como en sangrienta laguna;  
Si, reina de la fortuna,  
Con todos has batallado,  
Y por doquier que has pasado,  
Has batallado y vencido;  
Si de tu vuelo temido  
Intentas hoy otro alarde,  
¡No es sobre un pueblo cobarde,  
Es ante un pueblo dormido!...

Ya se agita el suelo ibero,  
Ya se enrojece la esfera;  
¡*Venganza!* se oye doquiera,  
Doquiera cruge el acero;  
Relincha el corcel guerrero,  
Surge el rayo del cañon,  
Tiembla el oscuro panteon,  
Tiembla la altiva montaña;  
¡Es el rugido de España!  
¡El despertar del león!...

En vano le sorprendiste,  
En vano le sujetaste;  
Como la nube llegaste  
Y como el rayo caíste,  
Y, traidora, le pusiste  
El hierro que le ataraza;  
¡Pues deshacen la mordaza  
Y el látigo y las cadenas,  
Al sacudir las melenas,  
Los leones de su raza!

¿Pretendiste en un instante  
Atar la España á tus piés?  
¡Si es cada pueblo que ves,  
Un muro de diamante;  
Cada español un gigante;  
Cada pecho una montaña!  
Huye á buscar en tu saña  
Otros *Marengos* y *Jenas*;  
¡Que no hay quien ponga cadenas  
A los leones de España!...

Tu garra al suelo la inclina,  
Y no has de hacer que sucumba;  
Volarás de tumba en tumba,  
Volarás de ruina en ruina,  
Y de aquel que te domina  
Roto has de ver el pendon;  
Que no siempre la ambicion  
Esclaviza á la victoria,  
¡Ni debe acabar la gloria  
Lo que empieza la traicion!

En vano aquí desafiás  
Como intentando humillar;  
¡Si no puedes despreciar!  
¡Ni á tanto te atreverías!  
¡Bien temiste que venías  
A herir á un pueblo valiente,

Cuando el águila esplendente  
A quien el rayo acompaña,  
En las fronteras de España  
Se arrastró cual la serpiente!

En vano negros crespones  
Envuelven á la que fué  
Altar de cristiana fé,  
Señora de las naciones;  
En vano empleas traiciones,  
Y en desgarrarla te gozas:  
Si la tierra que destrozas,  
Que desangrándose está,  
No tiene *Numancias* ya,  
¡Aun puede dar *Zaragozas!*

¿Pretendiste domeñar  
A un noble pueblo guerrero,  
Las plantas del extranjero  
Condenándole á besar?  
Cadenas no ha de arrastrar,  
O ha de romperlas al cabo,  
El pueblo que lucha bravo  
Y vence ó muere en las lides:  
¡Sobre *Guzmanes* y *Cides*  
No hay tierra para el esclavo!

Águila que hundes gloriosa  
Tu garra resplandeciente  
Sobre inmenso continente  
Que aterraste valerosa:  
No te muestres codiciosa  
Y el alto vuelo deten;  
¡Que han resonado tambien  
En las rocas del *Moncayo*,  
Los gritos del *Dos de Mayo*,  
Los cañones de *Bailén!*

Ave inmortal que rutilas  
Sobre enseñas tricolores,  
Y en rayos deslumbradores  
Has clavado las pupilas:  
Avanza... ¿acaso vacilas,  
Y tiembles por vez primera?  
Tú que arrancaste á la esfera  
Las llamaradas del sol:  
¡Tiembla ante el fuego español!  
¡Que *Zaragoza* te espera!...

¡Cuadro grandioso, sublime,  
Radiante de majestad!...  
¡Cómo lucha la ciudad  
Que sangriento acero esgrime!  
Estrecho cerco la oprime,  
Y se revuelve bravia,  
Y lucha día tras día,  
Y, sin noche de reposo,  
Al enemigo animoso  
Amedrenta y desafia!

Al herido ensangrentadas  
Mujeres prestan sus hombros,  
Y sangre, y muertos, y escombros,  
Y rugientes llamaradas,  
Forman muros, barricadas,  
Montañas al invasor,  
Y al siniestro resplandor  
Del incendio, en la matanza  
El génio de la venganza  
Aletea abrasador.

Los nuestros, entre montones  
De cenizas, resplandecen;  
Entre las llamas, parecen  
Fosforescentes legiones,



Y, no piedras, corazones,  
El ejército francés  
Mira extenderse á sus piés  
En rojo y fúnebre mar...  
¡Sólo así puede avanzar  
Sobre el suelo aragonés!...

¿Qué son esas movedizas  
Flotantes apariciones  
Que atraes con tus cañones  
Y tus humeantes cenizas?  
¿Esas mil nubes rojizas  
Que, sobre atmósfera impura,  
Son límite de esa oscura  
Anchurosa inmensidad,  
Y sorben la tempestad  
Que en tus entrañas fulgura?

Son héroes que para hallarte  
Digna rival de sus hechos,  
Dejan los pálidos lechos  
Y acuden á saludarte;  
Son muertos que al escucharte  
Desde sus tumbas gloriosas,  
Sobre piedras silenciosas,  
Ebrios de orgullo, temblaron,  
Y para verte, dejaron  
En rando tropel las fosas.

Son *el ayer* de este suelo,  
Son espectros vengadores  
Que en luminosos vapores  
Suben de la tierra al cielo;  
Rojos fantasmas que el vuelo  
Vienen tendiendo hácia aquí,  
Para ver luchar por tí  
A tus hijos generosos,  
¡Para sentirse orgullosos  
De verles luchando así!...

Al ronco fúnebre grito  
Que se escapa de tu seno,  
Y, como horrísono trueno,  
Llena el espacio infinito,  
Los sepulcros de granito  
Crugen con sordo fragor,  
Y ante el siniestro fulgor  
De la tormenta que zumba,  
Deja el primero su tumba  
Alfonso el Batallador.

Pronto se agita á su lado  
Otro monarca guerrero,  
Fulgura Pedro Tercero,  
De almogávares cercado;  
También la tumba ha dejado  
Que eterna llama arrebola,  
Aquella gloria española,  
Aquél génio castellano  
Que enrojeció el *Garellano*  
Y combatió en *Cerñola*.

Fosforescente huracán  
De cien tumbas se desprende;  
En el tropel que se extiende  
Sobre tu rojo volcán,  
Centellea aquel *Guzmán*  
Que apellidaron el *Bueno*:  
Contempla, al posar sereno  
Los ojos claros y fijos,  
¡Si tiemblas al dar los hijos  
Que te arrancas de tu seno!...

Cruje el inmenso *Escorial*:  
En su sagrado recinto

La sombra de Carlos Quinto  
Deja el lecho sepulcral,  
Y ¡vive Dios! no hace mal  
En elevarse bravía  
A ver si tanta energía  
Hace bajo tus pendones  
Renacer á las legiones  
Que lidiaron en *Pavia*!...

El rey Felipe Segundo,  
Aquél que aterró á la Francia,  
También la lúgubre estancia  
Dejó de un nicho profundo,  
Para ver si aún tiembla el mundo  
Ante nosotros ruín,  
Si cual fiero paladín  
Te coronas de arboles...  
¡Si aún nos quedan españoles  
De aquellos de *San Quintín*!...

Aun ¡vive Dios! luchan bien,  
Con asombroso ardimiento,  
Y luchan diez contra ciento,  
Y uno solo contra cien...  
De los sepulcros, también,  
Surge otro Felipe ya,  
Y ése, trémulo, querrá  
De nuevo oír los rugidos  
Con que caían heridos  
Los leones en *Rocroi*!... (1)

Esos de lívida frente,  
Que extrañas frases murmuran,  
Y más siniestros fulgulan  
Sobre el tropel que se siente  
Quemar sobre el fuego hirviente  
Que en tus nobles venas arde;  
Y bendicen el alarde  
Que heróico das á los vientos,  
¡Son los fantasmas sangrientos  
De *Dãoiz* y de *Velarde*!

Llegan á ver si la presa  
Que se disputan con saña,  
De entre las garras de España  
Roba el águila francesa;  
Si la ciudad que no cesa  
De lanzar rayo tras rayo  
Ante el cobarde desmayo  
De la Europa vacilante,  
¡Consigue vengar bastante  
La sangre del *Dos de Mayo*!...

La sangre corre á torrentes,  
A mares la sangre corre...  
Allá vacila una torre  
Y rueda sobre valientes,  
Y oleadas de combatientes  
Hunde en eterno reposo;  
Allá el cañón tembloroso  
En rugidos se desata,  
Y allá el acero que mata,  
Cuerpos empuja hácia el foso:

Allí rojiza palestra  
De hirvientes restos se alfombra  
Bajo un combate que asombra  
Y heróicos gigantes muestra;  
Allí otra alfombra siniestra  
Cubre la verde campiña,  
Mientras la azada escudriña  
Y busca dónde enterrar,

Bajo el tétrico aletear  
De las aves de rapiña:

Allí negra nube flota  
Como espectro funeral  
Sobre el humeante raudal  
Que de cien heridas brota;  
Allí una cureña rota  
Y cuerpos despedazados;  
Allí enemigos callados  
Que forman un grupo inerte,  
Que en el sueño de la muerte  
Se confunden abrazados:

Allí hácia un antro profundo  
Rodar un muro, amenaza;  
Allí un valiente se abraza  
A su enemigo, iracundo,  
Y le abraza moribundo,  
Y de abrazarle no cesa  
Hasta lograr que á la huesa  
De un abismo se derrumbe,  
¡Cual la fiera que sucumbe  
Sin querer soltar la presa!

Allí avanza contra mil  
Un puñado de valientes;  
Allá mujeres dolientes  
Dan ejemplo varonil;  
Allí humeante proyectil  
Deja el esterminio en pos;  
Allí un ministro de Dios  
Acerca, herido, una cruz  
Al moribundo, y de luz  
Baña el incendio á los dos:

Allí fúnebres tañidos  
De funerales campanas,  
Y brotan moles humanas  
De escombros enrojecidos,  
Como fantasmas surgidos  
De las fauces del Averno,  
Y por las calles eterno  
El incendio se derrama,  
Y en una homérica llama  
Parece abrirse el infierno:

Allí, cual de áspera falda  
De un monte henchido de abrojos,  
Brotan de espesos despojos  
La sangre que el suelo escalda;  
Allí te muestran la espalda  
Aquellas huestes marciales  
Que en cien batallas campales  
A la Europa amedrentaron,  
Y por Egipto pasearon  
Sus banderas inmortales:

Allí el enemigo acecha  
Como tigre carnicero;  
Allí indómito guerrero,  
Erguido frente á la brecha,  
Empuña rojiza mecha,  
Y ante el cañón rueda inerte,  
Y una mujer brava y fuerte  
Al bronce se precipita,  
Y arde el cañón y vomita  
Nubes de rayos y muerte:

Allí creciente matanza,  
Interminable alarido;  
Allí el Ebro, embravecido,  
Parece que al aire lanza  
Grito eterno de venganza  
En oleadas borrascosas;

(1) Léase *Rocroi*.



Allí frentes sudorosas,  
Allí rezos funerales;  
Allá inmensos hospitales,  
Allá interminables fosas:

Y allá la Virgen Sagrada,  
Sobre el augusto *Pilar*,  
Parece que, al abarcar  
De una gigante mirada  
La ciudad ensangrentada  
Y de horrible cerco presa,  
A la gente aragonesa  
Que á sus piés ruge y palpita,  
Eternamente le grita:  
¡Yo no quiero ser francesa!...

Por donde quiera en tropel  
Los enemigos asoman;  
Las viviendas se desploman,  
El hambre hostiga crüel;  
Ya en el guerrero corcel  
Busca el sitiado el sustento;  
Y arden las fiebres, y el viento  
Con los restos se envenena  
Que insepultos en la escena  
Yacen de un drama sangriento.

Y deja, nunca amenguando  
El asombroso heroísmo,  
Nueva sangre el patriotismo  
Sobre un altar venerando:  
Unos se cansan matando,  
Otros descansan muriendo,  
Y en el crepúsculo horrendo  
De otra lucha despiadada,  
A crugir vuelve la azada  
Más cadáveres pidiendo!

Y más cadáveres rojos  
Vé la fosa, que se extiende  
Hasta que el sol la sorprende  
Pidiendo nuevos despojos;  
Y amortiguados enojos  
Vuelven de nuevo á estallar;  
Y ya se vuelve á luchar,  
Y han de volver á rugir  
Mientras se pueda morir  
O algo quede por matar!

Y se lucha con más ira  
Y con más saña se hiere,  
Y junto al bravo que muere  
Allá en la tarde que espira,  
Más surcos pálido mira  
El vivo en la tierra abiertos,  
Y tantos despojos yertós  
Otra vez la azada entierra,  
Que ya no sabe la tierra  
Cómo tragarse los muertos!...

Esas que acuden valientes  
A socorrer al herido  
Sobre un campo enrojecido  
Por hervorosos torrentes;  
Esas que á mil combatientes  
Incitan á la pelea,  
Y al negro cañon que humea  
Se acercan con pecho fuerte,  
Mientras un soplo de muerte  
Alrededor centellea;

Esas que pasan corriendo  
Hácia el campo de batalla;  
Esas que ven la metralla  
A sus piés caer hirviendo;

Esas que el bélico estruendo  
De las armas alborozan;  
Esas que el plomo destroza,  
¿Son mujeres ó qué son?...  
¡Son las bravas de Aragon!  
¡Las hijas de Zaragoza!...

¡Cómo sus brazos enlazan  
Amantes á los esposos  
Que en combates victoriosos  
Al enemigo rechazan!...  
Muchas son madres, y abrazan,  
Y besan á un hijo yerto;  
Algunas lloran, es cierto...  
¡Mas lloran de no tener  
Ya más hijos que ofrecer  
A la tierra donde han muerto!

¡Bravas mujeres! ¡Honor  
A la madre, á las esposas  
Que saben dar valerosas  
Los pedazos de su amor!  
No avanzará el invasor  
Sin que vacile, y se asombre,  
Y con sus muertos alfombré  
La cuna de tales séres;  
¡Que de tan bravas mujeres  
No nace cobarde el hombre!...

Miradlas... A todas horas  
Ven el cerco más estrecho;  
¡Cómo presentan el pecho  
A las balas matadoras!  
Son las dignas sucesoras  
De aquella *Numancia* fiera,  
De aquella raza altanera  
De madres que no temblaban,  
¡Que sin temblar se arrojaban  
Con sus hijos á la hoguera!...

Gigantesco torbellino  
De mortales resplandores  
Contemplan los invasores  
Oponerse á su camino:  
El nombre de *numantino*  
Espanto fué del romano;  
Así su ardor sobrehumano  
Mira estinguido el francés  
Al nombre de *aragonés*  
Con decir ¡zaragozano!...

Muchos caen, y al caer  
Centuplican el denuedo  
De corazones que el miedo  
Jamás hizo estremecer;  
No tiemblan ante un poder  
Que se muestra artero y ducho;  
Roto el último cartucho,  
Sienten miedo al combatir,  
¡Pero es miedo de morir  
Sin haber matado mucho!

Antes que *un palmo* le cedan,  
De sangre hervirá cubierto;  
Muchos valientes han muerto  
Y han de morir los que quedan;  
Al plomo otros bravos ruedan,  
La sangre que corre es mucha;  
Mas ya el enemigo escucha  
Un grito que el odio arranca,  
El grito de ¡*arma blanca!*  
¡El grito de horrenda lucha!

Sin reparar que hácia mil  
Avanzan tan solo ciento;

Arrojando, en su ardimiento,  
El rojo humeante fusil,  
Y con anhelo febril  
La mano hundiendo en las fajas,  
¡Cuánta sangre, y cuántas bajas,  
Y cuánta gloria, despues  
De rodar sobre el francés  
Un huracan de navajas!

Sobre las filas espesas  
Rodando aquel torbellino,  
Olas de fuego divino  
Surgian de entre pavesas:  
Las baterías francesas  
Servidas por fuertes brazos,  
En el *Norte* á metrallazos  
Sabian barrer naciones,  
¡Y Aragon esos cañones  
*Los barria á navajazos!*

En el *Norte* á Napoleón  
Podian sus mariscales,  
Dando batallas campales,  
Ofrecerle una nacion;  
Pero en el fiero Aragon  
Dice esa gente tan fiera:  
«Gané la casa primera,  
La segunda conquisté;  
¡Ignoro si llegaré  
A conquistar la tercera!»

¡Oh Ciudad que haces hablar  
A los más bravos así!  
Para conquistarte á tí  
Y hasta tu seno avanzar,  
Tiembra el águila que hollar  
Quiso el suelo aragonés,  
Y arrastrándose á tus piés  
Quien siempre venció en un día,  
Aquí vencer no confía  
Luchando un mes y otro mes.

¿Y cómo los sitiadores  
Han de humillar tu valor  
Con la enseña tricolor  
Que ya empañó sus fulgores,  
Ni los rudos vencedores  
De Europa y de Asia, vencerte?...  
¡Si se estremecen al verte  
Desgarrar sus estandartes,  
Y, rotos tus baluartes,  
Rugir pidiendo la muerte!

¡Si entre las llamas, bravía  
Sigues luchando y rugiendo,  
Y, nueva sangre escupiendo  
Con delirante porfía,  
Al alumbrar tu agonía  
La luz de los fognazos,  
Ante *Francia* con tus brazos  
Te abres las entrañas rojas,  
Y con tus hijos le arrojas  
El corazon á pedazos!

¡Si hay tras los muros abiertos  
Que la metralla derriba,  
Montones de carne viva  
Y barricadas de muertos!  
¡Si los más bravos y expertos  
Se estrellan contra esa valla,  
Y no sirve la metralla,  
Y al francés, que no te arredra,  
Cuesta un hombre cada piedra,  
Cada piedra una batalla!...



¡Si á cada batalla el mundo  
Saluda inmenso heroísmo!  
¡Si cada lucha es abismo,  
Es rojo abismo iracundo  
En que Aragon moribundo  
Se retuerce con más saña,  
Y escupe hirviente montaña  
De despojos palpitantes,  
Y de homéricos gigantes  
Convierte en sepulcro á España!...

Cada lucha fué grandioso  
Poëma de sangre y gloria,  
Y si al grito de ¡victoria!  
Las legiones del *Coloso*  
Daban cual mar borrascoso  
En tu seno un paso más,  
Temblaba el suelo, y jamás  
Más de otro paso avanzaban,  
Y hasta los muertos se alzaban  
Para gritarles ¡atrás!...

Al acero y al cañon,  
Al hambre, á soplos insanos,  
Los rudos zaragozanos  
Resistiendo con teson,  
Morian como el león,  
Que cuando muere, destroza;  
Los viejos, la gente moza,  
Todos, de suerte morian,  
¡Que aquellos muertos hacían  
Inmortal á Zaragoza!...

Acaso se rasgarán  
Mañana grandiosos lazos  
Y los orbes á pedazos  
Por la esfera rodarán;  
En polvo se desharán  
Las montañas de granito;  
¡Pero en el cielo infinito  
Donde hubo un sol español,  
Por Dios, en vez de aquel sol,  
Quedará tu nombre escrito!...

V. MARIN Y CARBONELL.

## MOVIMIENTO INTELECTUAL.

### JUVENTUD CATÓLICA DE ZARAGOZA.

Esta Academia Científico-Literaria inauguró el día 14 de este mes sus tareas, interrumpidas desde el estío de 1873. Verificóse esta solemne sesion en el suntuoso salon de retratos del Palacio Arzobispal.

Presidió la sesion S. E. el Cardenal Arzobispo de esta diócesis, teniendo á su derecha al Obispo de Sigüenza y á su izquierda al Vice-Presidente de la Juventud Católica Sr. Aranda. A la derecha del Obispo de Sigüenza el Capitan general del distrito é indistintamente colocados despues todos los que debian tomar parte en la sesion.

Principió ésta con un discurso del Sr. Aranda dando cuenta del objeto y fin de la Juventud Católica.

Pronunció despues el Sr. Valenzuela un brillante discurso trazando á grandes rasgos el admirable cuadro de la historia universal. Este trabajo, de carácter eminentemente sintético, agradó muchísimo al auditorio, así por la abundancia y elevacion de los conceptos como por la gallardía y elegancia de la frase.

El Sr. Jardiel, cuyas dotes oratorias son harto conocidas, hizo el elogio de Santo Tomás de Aquino.

Elocuente como nunca mostróse el jóven é ilustrado presbítero.

Vários jóvenes leyeron sentidas poesias, distinguiéndose entre todos—sin que esto implique ofensa para los demás—D. Salvador Morales, el cual leyó magistralmente algunos fragmentos de su canto poético *Los Triunfos de la Cruz*.

Dijo el discurso de gracias el Sr. Martinez Jarabo y puso fin á la velada el Cardenal Garcia Gil pronunciando sentidas y oportunas frases.

De justicia es consignar que para todos hubo muchos y entusiastas aplausos.

### ACADEMIA DE SANIDAD MILITAR DE ARAGON.

El día 29 del mes próximo pasado, se verificó en la sala de juntas del Hospital militar la sesion académica ordinaria bajo la presidencia del jefe de sanidad Sr. Hernandez Poggio.

El Sr. Cabeza leyó una interesante memoria sobre el «Tratamiento de los tumores, deducido de su naturaleza» dando á conocer en este trabajo la teoría celular para explicar despues extensamente la génesis, caracteres macroscópicos y microscópicos de los neoplasmas en general y terminando con atinadas observaciones referentes al tratamiento de estas dolencias.

Hicieron uso de la palabra en la discusion de tan importante asunto, los Sres. Martinez Turné, Reig y Casas, resumiendo por fin el debate el Sr. Presidente.

### CENTRO MERCANTIL, INDUSTRIAL Y AGRÍCOLA.

Bajo la presidencia del Sr. Larráz se celebró el día 12 del actual la velada de costumbre en el salon azul en el antiguo palacio de Azara.

Con la abundancia de elocucion y frase calurosa que son peculiares del Sr. D. Desiderio de la Escosura, dosarrolló este orador el tema previamente anunciado: el «progreso del hombre.» A grandes rasgos describió los principales inventos que ha realizado el humano ingenio y atentamente examinó despues las consecuencias que estos adelantos materiales han producido en el organismo moral de las sociedades modernas. No hemos de entrar en apreciaciones acerca de la oportunidad y exactitud de las ideas que el Sr. Escosura emitió con la elocuencia que le distingue. Haremos constar únicamente—porque así creemos entenderlo—que algunos pensamientos de los que en su disertacion expuso el Sr. Escosura acerca de la influencia de ciertos adelantos materiales en la moral individual y social parecieronnos, si bien obedientes á un criterio generoso y simpático, mucho más conformes con los principios que afirman y sientan ciertas escuelas retrógradas, influidas por añejas preocupaciones, que con aquellas ideas políticas y económicas, de amplio y trascendental sentido, que informan las doctrinas que suponíamos habrian de inspirar naturalmente afecto y devocion al Sr. Escosura.

Despues de un intermedio musical, el Sr. Marin y Carbonell, nuestro querido compañero, dió lectura de una buena parte de la composicion poética que en este número insertamos. Acerca del mérito de esas inspiradísimas décimas poco hemos de decir: el juicio de los ilustrados lectores de la REVISTA puede suplir con ventaja al nuestro propio, que pudiera acaso parecer apasionado. El auditorio aplaudió grandemente los versos del Sr. Marin.

(Continúa esta seccion en la cubierta).